

la muerte prematura e increíble. Poetas y prosistas, dejan ambos una obra admirable, pero los dos perecen cuando estaban en el instante de su máxima maduración interior, de su más acendrada vivencia, cuando habían asumido un estilo inconfundible para expresar su más honda problemática. Apenas resulta posible imaginar lo que hubieran llegado a ser estas dos obras gemelas si la muerte no las deja patéticamente inconclusas. Porque ambos mueren cuando creaban su obra más depurada, más personal y más grande.

Bien significativo es, por otra parte, el hecho de que los dos jóvenes poetas tuvieron, bien vivamente, la obsesión de la muerte. En el caso de Jorge Gaitán Durán, esa obsesión adquiere los perfiles de un desolado presentimiento, que en su último libro, especialmente, aflora en todas las páginas. En el caso de Eduardo Cote Lamus, esa amarga obsesión se acentúa, sin duda, al enfrentarse a la muerte de su amigo, como si también presintiera el sino trágicamente paralelo. Lejos de toda retórica, los últimos poemas de Cote Lamus, como los últimos de Jorge Gaitán Durán, están saturados de la presencia de la muerte, la muerte que, creciendo desde el fondo de sus dos seres hasta ahogarlos, los ha hecho enmudecer para dolor de sus amigos y de su patria.

EN TORNO A LA POESIA

DE

EDUARDO COTE LAMUS

Por EDUARDO CAMACHO

*Yo consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara y pura.*

Jorge Manrique, citado por E. C. L.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace...

F. G. L.

Tal vez las circunstancias obliguen a mitigar la radicalidad de las dos frases con que pensaba iniciar estas líneas: Eduardo Cote Lamus murió a los treinta y seis años de edad, cuando prometía llegar a ser uno de los más grandes poetas de la lengua española. En la poesía colombiana no se había escuchado una voz tan honda, tan sostenida, tan definitiva.

Además, este tipo de juicios sirven de poco, lo sé, muchas veces no quieren decir nada y tal vez sea mejor no escribirlos. Pero yo estoy convencido de que lo anterior es verdad. Quería decirlo. Sentía que debía decirlo. Y lo dije.

La obra de Cote Lamus consta de cinco libros de poesía publicados entre 1950 y 1963. Creo entender que, además, dejó un libro de cuentos y unos cien poemas inéditos. Fuera de eso, algunos artículos publicados en revistas y periódicos. Debo decir que me ha sido imposible el acceso a su primer libro, *Preparación para la muerte*, y a las poesías inéditas. Solamente me referiré pues, a cuatro libros: *Salvación del recuerdo*, *Los sueños*, *La vida cotidiana* y *Estoraques* (1).

(1) Además, quiero también consignar aquí la deuda que estas líneas tienen con la "Nota preliminar" que escribió Hernando Valencia Goelkel para *Estoraques*.



Tal vez lo que resulta más evidente, al considerar la poesía de Cote Lamus en perspectiva, es su proceso de depuración. Libro a libro, va equilibrándose, afirmándose, sintetizando elementos dispersos, hasta llegar a la firmeza, la madurez, la perfección de algunos poemas de *La vida cotidiana* y de *Estoraques*.

Salvación del recuerdo es un libro amoroso. Es una poesía lírica, subjetiva, cuyos tres ejes serían el yo (el amante), el tú (la amada) y la naturaleza. Se ha hablado de la influencia de Vicente Aleixandre sobre Cote; donde es más evidente es en este libro. El amor es el gran tema: existe una especie de concepción poético-metafísica de él, a la manera de *La destrucción o el amor*. Pero la gran diferencia consiste en que para Cote el amor no es la destrucción sino la vida, lo que da sentido positivo a la naturaleza, al hombre, al mundo. *Salvación del recuerdo* es un canto vibrante, entusiasta a la amada, una exaltación, casi un himno. La amada se deifica; por el amor, da su sentido a la naturaleza, a los ríos, las hojas, el mar, los pájaros; por ella viven, por ella son hermosos:

*En tu rostro hay un momento donde las cosas hallan su luz,
tu claridad que inclina las olas hacia el mundo,
que mueve los venados para que pasten al crepúsculo,
tu voz que hace volar los pájaros, que les enseña
como deben cantar para que no se queden ciegos.*

(“Lejanía en las manos”).

La mayor parte del libro está constituido por esta exaltación de la amada, deidad del amante y de la naturaleza, sentido último del mundo y de la belleza:

*Todo vive en tí, todo está en tus ojos:
la ciudad, el mar, la espiga, el universo.
Todo en ti encuentra la expresión, la forma,
y el silencio de las horas antes de ser tiempo.
Eres un sueño azul y nada existe
si tú no lo tocas...*

(“Nocturno en tus ojos”).

Inusitadas asociaciones entre lo humano y la naturaleza simbolizaciones oscuras de elementos naturales, incesante metaforización no racional y barroquista dan a estos poemas gran complejidad. Pero la dificultad estriba más bien en los elementos particulares y concretos del poema más que en su sentido general. Versos como los siguientes aparecen en poemas cuya comprensión total no ofrece mayores obstáculos:

*Además la espada afila el aire, lo pule,
lo deja listo en punta sobre la cabeza
para preguntar en el canto de los pájaros
el agua que circunda tus tobillos.*

(“Pie sembrado”).

Los dos grandes defectos de este libro son, por una parte el exceso, la insistencia en el mismo tema, como lo anota Hermando Valencia: “Es un libro excesivamente enamorado; ese monotematismo lo disminuye...” Y este exceso no solamente existe en lo que se refiere al amor, a la amada; la repetición de imágenes, de palabras, llega casi a hostigar a veces: los pájaros, la yerba, los árboles, la savia; la espiga, el trigo, las gavillas aparecen en 16 de los 33 poemas, nombrados 26 veces, ya sea en su significación real o metafóricamente. (Y, a propósito, lo anterior nos es útil para llamar la atención acerca de la abundancia de elementos “externos”, de paisaje, en el libro, lo cual constituye uno de sus aspectos fundamentales). Por otra parte, cierta pedantería galante, cierta “gentil exageración” de enamorado:

Te voy a regalar este diciembre para que juegues con él...

*Sabes cómo es un ángel? Sí. Un ángel?
Un angel soy yo cuando me tocas...*

*Yo estuve en la agonía de una orquídea
y murió por no alcanzar el abrigo de tu pecho...*

En *Los sueños* (2) la situación es esencialmente otra. En ciertos aspectos, es un libro antitético de *Salvación del recuerdo*. Frente al entusiasmo exaltado, alegre y a veces frívolo de este, la seriedad, la gravedad y la contención de aquel; frente al predominio de lo externo, la interiorización. Pero tal vez Cote cae ahora del otro lado: *Los sueños* no se libra del exceso tampoco, en sentido contrario de *Salvación del recuerdo*: demasiado abstracto, demasiado reflexivo y conceptual, demasiado interior.

Nótese, en primer término, la paradoja: *Salvación del recuerdo* es un libro subjetivista, pero no interior; es un libro egocéntrico, individual; *Los sueños* es un libro interior pero no subjetivo; al “yo” sucede “el hombre”; los temas son la vida, el destino, la muerte, el dolor, la soledad. Desaparece, prácticamente, el paisaje: cuando una poesía se ocupa de él, el resultado es inverso del del libro anterior. El “telurismo” de

(2) Véase la nota de Ramón de Zubiría sobre este libro en la *Revista de la Universidad de los Andes*, N° 1, marzo de 1958.

Salvación del recuerdo, se convierte en *Los sueños* en intelectualización de la naturaleza ("A una tuna solitaria"). La naturaleza como marco del amor que le da sentido, da paso a la contemplación reflexiva de su ser para el hombre.

El léxico, el estilo todo se ha transformado radicalmente. También en *Los sueños* se repiten imágenes y palabras: sueño, sombra, soledad, luz, tiempo. Abundan los predicados de esencia, las definiciones de tipo general: "La sombra es el cuerpo"; "Todo es piedra"; "Toda la luz es sombra"; "La muerte es el tamaño de la vida". La supresión de los artículos generaliza, abstrae: "Destino es trazar paz a donde gime el pecho".

Tal vez lo más característico de *Los sueños* es la complicación intelectual, que casi podríamos llamar conceptismo; el simbolismo abstracto, inconstante y variable, las oscuras asociaciones y transposiciones entre los planos concreto y abstracto, hacen de él un libro de comprensión difícilísima. Tomemos por ejemplo uno de los elementos que con más frecuencia aparece en el libro: la sombra. Es un símbolo, impreciso y vago de algo así como el dolor, la amargura, el pesimismo, hasta la muerte misma:

*Alguien intenta echar hacia adelante
el tan grave lugar de la memoria
y camina, día arriba, hasta su sombra.*

("Los indudables sueños")

*...solo veo mi sombra
que es mi tiempo perdido que me mira...*

("La sombra como un dado a las espaldas")

*Yo diría otra cosa: que la sombra
es el cuerpo. Tal vez más: la conciencia.*

*... ..
Y la culpa es la sombra.*

("La vergüenza").

Pero otras veces la sombra es símbolo de algo diferente, o simplemente deja de ser simbolización.

*el viento mueve el agua en la
fuente y busca la sombra del verano.*

("La fuente del Colegio de Fortuny")

Casi habría que decir con el propio poeta:

*...Hubo un momento
que pude comprenderlo, y sigiloso*

me introduje entre su sueño...

*... ..
y me tocó seguirlo: el corazón
estaba escrito; dijo una frase; otra;
"Mañana ceñiré la gloria. Voy
por la sombra". Ya no pude comprenderlo.*

("El soñador que despertó en el sueño").

Y añádase a esto la retorcida sintaxis y el conceptismo:

*Como puede escuchar la voz un mudo
nadie puede mirar qué me sucede.*

(Yo confieso que hay varios poemas que no puedo penetrar totalmente en su hermetismo; no puedo decir, por ejemplo, que "sepa de qué va"; "Un triste recuerdo". Siento ante sus versos un estremecimiento, sé, con el más absoluto convencimiento de la sensibilidad, que allí está la poesía; pero no sé "qué dicen" esos versos; intuyo su fuerza y su misteriosa belleza, pero no su significado racional:

*El ángulo de una sonrisa puede
temblar como pestaña porque en el
sitio del ojo que da al iris vi
la luna en el pecho de un caballo,
hijo de aquel que reventó espumado
atravesando el alba porque el sueño
varias jornadas hizo en una noche).*

Los sueños es un libro pesimista, amargo:

*Yo padecía la luz, tenía la frente
igual que una mañana recién hecha;
luego vino la sombra y me sembró
sin darme cuenta la señal amarga:
las palabras serían desde entonces
una visión del mundo derribado
en sueños; uno tiene que cantar
porque un nuevo Caín es ser poeta.*

("La Justicia").

Con respecto a *Salvación del recuerdo*, es un libro más firme, aunque desequilibrado. Y su importancia reside más que todo en que, con él, Cote traspasa la barrera; ya podemos decir, sin lugar a dudas, que nos encontramos ante un poeta; estos poemas serios, hondos, contenidos —algunos hermosísimos— dejan sentir una voz auténtica y plena de promesas.

Estas promesas se cumplen con creces en *La vida cotidiana*. Con respecto a los libros anteriores, lo más notable es su equilibrio. "Cote Lamus reúne y concilia ahora las fuerzas discordes de su poesía anterior", dice Hernando Valencia; "Los dos elementos —añade— el gozoso y concreto, el abstracto y casi adusto, se reúnen en *La vida cotidiana*. Nada de excesos; ni demasiado concreto y subjetivo, como *Salvación del recuerdo*, ni demasiado general y abstracto como *Los sueños*. Un libro maduro, y por ello mismo, claro: ya los problemas de antes, el desorden, el exceso, la oscuridad, el conceptismo, han sido superados. Que tal poema sea de mejor calidad que tal otro, que algunos versos caigan penosamente... Pero el hueso y la carne de esta poesía son ya irreprochables.

Cote ha roto con algo que en sus dos libros anteriores casi salta a la vista: la insistencia en determinados temas: el amor, la naturaleza en *Salvación del recuerdo*; la vida, la soledad, el sueño, la sombra, la luz..., en *Los sueños*. *La vida cotidiana* es un libro múltiple, de amplia temática, rico, pleno. "Nunca su poesía había sido tan amorosa, nunca había abarcado tantos seres, tantas cosas, tantos sitios". Nombres propios, amigos, ciudades, sitios, el amor, la soledad, la muerte, anécdotas, reflexiones... Ya dueño absoluto de su personal estilo, de su propio lenguaje, Cote posa su mirada sobre la realidad en su multiplicidad, sin dejarse dominar por un solo aspecto o por un solo interés. Si bien con respecto a la obra anterior este libro pierde hasta cierto punto en unidad, se hace más rico, más universal, más vital. El balance es ampliamente positivo.

La poesía ha dejado de ser exaltación juvenil o reflexión atormentada y amarga. O mejor: ha integrado la exaltación y la reflexión en un sereno equilibrio. Un poema como "Tú" me parece ilustrativo en su brevedad:

*Cae tu palabra en la soledad como un ramo de olivo
en la paz. Yo no sabía
que tu voz llegara con estrellas.
Eres mi grito de combate
contra la muerte.
Ahora un árbol crece donde el olvido
cierra los ojos.
Tú.*

Depuración. Serenidad. Un fragmento de "El acto y la palabra que lo nombra":

*La luz se le entregó
Entonces adquirió la certidumbre*

*de que la libertad es la medida
de la limitación del hombre:*

*así
toda moneda que se lanza al aire
es libre solo cuando está en el aire.*

En estos dos poemas es patente la diferencia con los dos libros inmediatamente anteriores. La poesía se despoja de todo adjetivo; ya es más importante que el poeta, al que abandona a su suerte; ya tiene vida propia.

El lenguaje ha cambiado: desde su conquistada seguridad, la expresión se afirma, se embellece. Tal vez uno de los rasgos estilísticos más notables de la poesía de Cote es el tratamiento del lenguaje coloquial. Desde *Salvación del recuerdo* se echa de ver en embrión cómo el lugar común lingüístico, la frase hecha, la expresión corriente del habla, se quiebra, se rompe, hábil e ingeniosamente:

*Anoche ella cumplió años
y hoy hace siempre que la quiero.*

También en *Los sueños*:

Todo está claro, todo está agua, sí...

Pero es en *La vida cotidiana* donde este procedimiento logra su perfección; se revitaliza el cliché conversacional y el resultado es siempre sorprendente. En mi opinión, algunos de los mejores versos del libro son creaciones de este tipo:

*Una vez tendido le dio por morir como
antes le había dado por vivir,
por talar los eucaliptus y hacer la casa
y se echó a morir porque sabía
que de esa no pasaba...*

("Elegía a mi padre")

*Pero hay alguien a quien le huele la muerte
a distancia...*

("La muerte")

A veces el encabalgamiento logra efectos magníficos:

*pero después cayó en la cuenta que no, de que no
podía ser...*

("Hogar modelo").

Cote, pues, incorpora en este libro más que nunca elementos del habla a su lengua poética. Y otro tanto habría que decir de las metáforas, por ejemplo ("Allí una fuente mínima, cordial, / exacta al aguardiente que bebían / Ceferino, Eustaquio

y los Granados...”, "...todo sigue igual, / fiel, como elefante que recuerda"...)

Ahora bien, es en la síntesis de elementos coloquiales y elementos conceptuales en donde reside una de las claves del estilo de Cote:

*Siempre fue igual el amor a caminar despacio bajo la lluvia,
a saber el deseo, donde se dura, presa en otro cuerpo,
a volver los ojos al hombro y ver el horizonte.
Pero la libertad concluye cuando deja de entregarse...*

(“La vida en vano”).

Estoraques es un poema definitivo, perfecto. Tiene cerca de quinientos versos y está dividido en ocho partes. Ya en ello encontramos motivo de reflexión: para su logro se requieren muchos factores que en una composición breve no son indispensables.

El hecho de que *Estoraques* sea un poema que no decae jamás en su calidad, un poema sostenido, poéticamente tenso de principio a fin, nos demuestra que el dominio de Cote sobre su lenguaje, sobre su expresión es ya definitivo. Más que en *La vida cotidiana*, en *Estoraques* Cote se revela como un poeta de siempre, en posesión de todas sus facultades, consciente de su “oficio”.

Es verdad que en algunos poemas de los libros anteriores es posible encontrar anticipaciones de *Estoraques* (por ejemplo, en “A una tuna solitaria”, de *Los sueños*), y en el sentido de que es cima, cumbre de la poesía de Cote Lamus, este poema guarda relación con la obra que le precede: la síntesis y el equilibrio de los factores dispersos en esta son más perfectos aun. Pero *Estoraques* es distinto de todo lo que había escrito el poeta: es un mundo en sí mismo, auto-suficiente, pleno. En otra parte he tratado largamente sobre *Estoraques* y no voy a repetir aquí lo ya dicho (3). Sin embargo, me interesa considerar el poema en la perspectiva general de la obra de Cote.

Lo primero que nos golpea la sensibilidad al entrar en este poema es el tono, el lenguaje, el verso. Valencia dice, refiriéndose a *La vida cotidiana*: “Cote Lamus habla con la certeza proverbial del vate”. Yo creo que estas palabras se aplican con mayor propiedad a *Estoraques*. El verso justo, contenido, preñado del significado, hermoso y turbador en su tono casi de profeta. Certeza proverbial del vate... Qué justas, qué bellas palabras.

(3) Poesía colombiana 1963, en Eco, tomo VIII, Nº 1, Noviembre de 1963.

*El viento que viene y el viento que va
no son nada, en realidad, del tiempo.
El tiempo en otro sitio donde el hombre,
capaz de su destino, trazó el aire,
el arma de sus sueños, y la tierra
labró para guardarse en ella.*

*Esto fue en el terreno de los hombres.
Una ciudad allí cumplió la vida
si en grandeza se quiere más arriba
de los propicios cielos fulgurantes
donde el dominio de los dioses todos
hizo imperios, circunvaló las sienes
de las colinas, encontró las leyes,
convivió con lo humano dando aliento
sin par a la victoria.*

Estoraques, como decía más arriba, es síntesis de toda la poesía de Cote. La naturaleza, los sueños, la vida del hombre, su destino, la historia, las ciudades... Todo aquí integrado en una coherencia ejemplar, en una armonía perfecta. En última instancia, el poema es una meditación sobre el existir del hombre, sobre la nada o la historia, sobre el ser del mundo. Así, el estilo se caracteriza muchas veces por su tono conceptual, por su sintaxis cuidadosamente articulada según la lógica. Pero al tiempo, hallamos también la lengua coloquial; y la exaltación del canto:

*En llamas la ciudad, ardiente el viento
recorre enloquecido los recintos,
casas de citas, antiguos almacenes
de amor, fuego encendido, turbio fuego
que a los seres abrasa frente a frente
a la muerte. Si fuere por lo menos
el fin, si por lo menos el comienzo!*

Pero lo fundamental es que *Estoraques* es un poema sin problemas, sin contradicciones internas. Uno nota la facilidad, la sencillez del gran poeta. (No que deje de ofrecer dificultades de comprensión; pero ese ya es un problema del lector exclusivamente). El ajuste de sus partes, la proporción, la armonía de su construcción —que no excluyen, claro, la angustia como tema o el dolor—, hacen de él, como ya lo llevo dicho tantas veces, un poema perfecto.

¿Se me permitirá finalizar con una de esas rotundas y discutibles afirmaciones que uno cree que debe hacer en ocasiones? *Estoraques* es uno de los poemas más hermosos que jamás se hayan escrito en español.